ALGO DE LA HISTORIA DE ÚBEDA Y EL PARADOR CONDESTABLE DÁVALOS. MEDITACIÓN SOBRE EL REINO DE JAÉN

Por *José Luis Messía*
Marqués de Busianos
Embajador de España

EL 10 de noviembre de 1930, la mansión renacentista del deán Ortega, y más tarde de los marqueses de Donadío, se convirtió en el primer Palacio-Parador del Patronato Nacional del Turismo. Tomaba así cuerpo, por primera vez, la admirable premonición de su Director, Sangróniz, de inolvidable memoria recientemente desaparecido. Se trataba entonces no sólo de equilibrar una infraestructura hotelera situada en bastantes zonas a nivel de fonda y de posada, sino, en el caso del Parador, de la metamorfosis consistente en poner a la disposición del turismo un patrimonio ilustre del pasado en trance de desaparecer. La experiencia española que inicia en 1930 el Parador de Úbeda será precursora y directamente inspiradora de la gran campaña del Año Arquitectónica 1975, en la que por cierto Úbeda, con su ilustre vecina, la sin par Baeza, fue una de las cuarenta realizaciones ejemplares de los veinte países del Consejo de Europa.

El acto inaugural del Parador estuvo presidido por las primeras autoridades nacionales del Turismo y las de la provincia y la ciudad, las cuales, al acabar la ceremonia, se sentaron a la mesa para regalarse con un par de huevos fritos, seguidos de un arroz a la valenciana y un prudente asado de ternera. Una suite y dieciocho habitaciones dobles —todas con cuarto de baño y calefacción central, máximo confort de la época—, permitieron vivir agradablemente al turista del siglo XX en uno de los más nobles palacios del Renacimiento español. La magna fachada, el soberbio patio central de doble columna y la escalera interior de grandes proporciones trasladaban mentalmente al huésped que se bajaba del Ford —todavía tonitronante— de los años treinta a la España de los tiempos de El Escorial o de Pavía.

Y surge, inmediata, la primera pregunta: ¿Por qué «Parador del Condestable Dávalos»? Pues por nada que tenga que ver con el edificio y su

historia, sino con la de un importante personaje ubetense del temprano siglo XV.

Apenas mozo prisionero de los granadinos, pasó Ruy López de Dávalos varios años de cautividad en los que supo ganarse la estima del rey nazarí. Liberado, ya hombre, se acreditó por el arte y la temeridad de su valor en la guerra que le elevaron, en 1420, al puesto de Condestable de Castilla, dignidad que ejerció no pocos años, los últimos en dificultad con su soberano, el rey don Juan II, quien, dando finalmente crédito a una denuncia, nada menos que de entendimiento con los granadinos, lo destituyó fulminantemente y privó, uno tras otro, de sus cargos, dignidades y posesiones. Refugiado en el Reino de Aragón, pasaron los años y llegó a ver en vida el juicio, condena y ejecución en Castilla, por perjurio, de su denunciante. Devuelto así el honor que se le debía, no lo fue en cambio el patrimonio del que se le había despojado. Don Álvaro de Luna, su mortal enemigo y sucesor como Condestable de Castilla, tuvo todavía menos suerte y acabó, como es sabido, en manos del verdugo. Eran los tiempos.

Tiene, en cambio, el Parador indirecta pero próxima y determinante relación con el ubetense don Francisco de los Cobos, inseparable y poderoso Secretario de Estado de Carlos V, al que sirvió ininterrumpidamente durante treinta años y al que invitó un día a detenerse en Úbeda —en su casa— en 1526. La batalla de Pavía (1525) estaba aún fresca en la memoria y más aún la boda, en Sevilla, del joven César con su prima Isabel de Portugal, la más bella Emperatriz del siglo XVI, según testimonia el cuadro de Tiziano.

Importante figura en decisivo momento de nuestra historia, no tiene don Francisco de los Cobos la historiografía que merece. Sabemos bien que preparó los expedientes y elevó con ellos consejo al Soberano, pero se echa de menos el conocimiento de conjunto y ese mínimo despliegue bibliográfico para un personaje de su poder y dimensión. Debemos, por fortuna, al americano Hayward Keniston, que trabajó en los archivos de Úbeda, una seria y atractiva biografía recientemente publicada en España por feliz iniciativa del grupo Gavilliar y vertida a la perfección al castellano por R. R. Moñino, diplomático y profesor en la actualidad del Instituto de Baeza.

Perteneciente don Francisco a ese tipo de giennenses de olfato perdiguero capaces de dársela a un armenio y dos judíos que se le pusieran por delante, acertó nuestro hombre, mozo todavía, a encontrar el buen camino que, a lomo de mula, le llevó directamente desde Úbeda a Bruselas, donde funcionaba una pequeña Cancillería española, que sería la primera del príncipe don Carlos. Después, de 1517 a 1547, sin pausa y sin prisa, discreto,

eficaz y finalmente poderoso tecnócrata, acompañó los pasos y decisiones del Emperador hasta su muerte en Úbeda, en 1547. El año de Mühlberg. Tan largo ejercicio del poder y una «cupiditas» que Keniston pone bien de manifiesto, le permitieron acumular una colosal fortuna.

Magnate de su tiempo, no fue ciertamente ajeno a ese apetito de grandeza y pervivencia que llevó a tantos contemporáneos suyos a unir su nombre a la perennidad de la piedra. Mal de piedra, como tanto después se ha ironizado, a él debemos su magnífica residencia de Valladolid, actual Capitanía General, en la que vivió tantos años, y la Sacra Capilla del Salvador de Úbeda, joya única por la inspiración y la plural tensión de sus contrastes, por el irrepetible talante de su fachada y la riqueza de su decoración interior. En El Salvador se dieron cita —simultánea o sucesiva— los talentos de Siloé y de Vandelvira con los de Berruguete y el rejero Villalpando, así como, los primeros, con artesanos italianos que De los Cobos hizo venir de Italia. Bellísima, atípica, altiva y humilde a la vez, la singular geometría de la Sacra Capilla focaliza en el acto la sensibilidad del viajero que se pasee por la doble Plaza de Vázquez de Molina, en forma parecida, diría yo —¡tanto se ha escrito sobre el lugar y su parentesco con otras grandes plazas de Europa!— a lo que ocurre con la Iglesia de San Basilio en la inmensa Plaza Roja de Moscú.

El hombre de confianza que tenía Cobos en Úbeda era el deán don Fernando Ortega y Cabrío, que dirigió las obras del Salvador. En 1550 comenzó don Fernando a construir su propio palacio, contiguo a la capilla, palacio en el que, según Chueca, murió en 1572. En el siglo XVII experimentó el edificio una transformación completa. Vendido por los herederos del deán a mediados del pasado siglo, lo fue a su vez por sus últimos propietarios, marqueses de Donadío, al Estado en 1930, como más arriba queda dicho.

ÚBEDA: UNA INTERPRETACIÓN HISTÓRICA

Vencido Despeñaperros, a la entrada de Jaén y pocos kilómetros de Úbeda, una aldea primero y después un pueblo en un cruce de camino, Las Navas de Tolosa y Bailén, nos recuerdan a los españoles grandes batallas que en dos ocasiones decidieron nuestra historia y con ella decidieron también, o empezaron a decidir, la de toda Europa. A mitad de camino entre estos dos lugares, medianero entre la sierra y el olivar, se perfila intacto y hasta discretamente maquillado con ocasión de su milenario en 1969, el castillo árabe de Baños de la Encina, que si no llegó a estar a alcance de flecha o de mosquetón, sí lo estuvo en cambio al de buena galopada de ambos

enfrentamientos, que contempló filosófico y que lo dejaron intacto.

La batalla de Las Navas de Tolosa, que abrió a los conquistadores castellanos las puertas de Andalucía, los condujo veinte años más tarde —en 1234 exactamente— a la conquista de Úbeda por el rey San Fernando.

La lupa del historiador genealogista puede comprobar sin dificultad que algunos nombres y apellidos presentes en la conquista de Toledo (1085) eran los mismo de los acompañantes de Alfonso VIII en Las Navas (1212) y de San Fernando de Úbeda (1234). Es la natural inercia de la España militar y más bien nómada de la alta Reconquista, todavía verde y temprana como un Cantar de Gesta y, a su modo, ibérico ciclo de Caballería en torno a la Gran Mesa Redonda del Real. De esta suerte, cien años después de la conquista, el mismo espíritu de epopeya sigue cabalgando todavía la sangre de los ubetenses y doce de ellos, en memorable batalla campal contra otros tantos caballeros árabes, ganaron para Castilla la ciudad de Tarifa y para Úbeda su escudo —histórico y actual— de los doce leones.

A medida que entramos en el siglo XV se van sedimentando con rapidez las bases y estructuras sociales de la ciudad que se instala progresivamente en su realidad. Una realidad social —¿cómo no?— ardiente y conflictiva. El desahogo material y hasta una cierta abundancia no impedían la desigualdad en la distribución de las cargas sociales que promovió largo pleito, finalizado en la llamada Sentencia Arbitraria de 1446. A efectos contributivos, clasificaba ésta la población en clero (regular y secular), hijosdalgos exentos de no pechar más de cinco maravedíes por repartimiento, hijosdalgos no privilegiados y hombres buenos pecheros. Las últimas clases, y sobre todo la penúltima —más contestataria— mostraron explicable desacuerdo y la historia de esta reivindicación coincide con la historia social —en todos los sentidos— de la Úbeda de la época.

Entre 1442 y 1510, el curioso visitante que lo desee va a tener la facilidad (y disponer del privilegio) de poderse pasear por la Úbeda de entonces —¡qué Úbeda!— como podría hacerlo hoy por su propia casa. La ciudad, que tuvo en el malogrado Juan Pascuau el erudito y poeta que merecía, ha encontrado en Enrique Toral el historiador que estaba necesitando. En 1975 apareció su monumental trabajo: «Úbeda (1442-1510)». Esperemos que pase pronto de la monografía admirable que comentamos a la «grande e general estoria» de la ciudad (1).

(1) *Úbeda (1442-1510)*. Instituto de Estudios Giennenses, 1975. En la biblioteca del Parador podrá encontrar fácilmente este libro el visitante.

Toral, como Huizinga (2) lúcidamente enamorado del crepúsculo de la Edad Media —en su caso de la ubetense—, nos ofrece una galería de personajes, de situaciones y lugares de la ciudad tomados casi siempre directamente de otras tantas fuentes, por lo común inéditas, galería que acierta a iluminar —nueva coincidencia— con parecido detalle y la misma luz que fue la inequívoca de los primitivos flamencos retratistas de la vida y sociedad de su tiempo, el mismo tiempo del libro de Toral. Por esa Úbeda militar, labriega y cortesana, adscrita ya directamente a los Príncipes de Asturias, verdadero microcosmos de Castilla, se movía una sociedad tan dinámica y rica en comportamientos como podían serlo las de Brujas o Florencia. La lupa de Toral nos regala maravillas. Otras veces se siente —¡y cómo!— el soplo de la agitada historia nacional y asistimos a la toma del alcázar por el maestre de Calatrava, a la deposición de Enrique IV en Úbeda, meses antes que la histórica de Ávila, o al eco de la muerte de su príncipe, al serlo de Asturias, el infante don Juan, el hijo de los Reyes Católicos que murió de amor. Sobre el telón de fondo de la guerra dinástica escuchamos el ruido de botas de personajes tan importantes de la época como lo fueron el condestable Iranzo, el ubetense don Beltrán de la Cueva y el gran maestre don Rodrigo Manrique, padre del poeta y, como justicia mayor de la ciudad, hombre clave en Úbeda de la princesa y más tarde reina Isabel.

El estruendo guerrero se trueca ahora, a punto de despedirnos ya de Toral, en intimidad de Vermeer al mostrarnos su lupa una correspondencia —increíble— entre el conde de Tendilla, primer capitán general de Granada, y Pedro Mártir de Angheria, secretario del rey Católico, que escribe al primero: «Deseas enterarte qué opinión se tiene aquí de los sucesos de Úbeda. Si quieres que te diga la verdad, tú eres el primero sobre el que recaen sospechas de haber dado hospitalidad al adversario del rey Fernando y se murmura que has entablado con él pacto secreto. Escribe lo que quieras que yo responda».

Maquiavelo no se habría expresado de otro modo.

* * *

Como tantos acontecimientos en la historia, el gran siglo arquitectónico ubetense, que fue el XVI, constituye, a la vez, el desenlace de un lento

(2) HUIZINGA, J.: «El otoño de la Edad Media». Buenos Aires. *Revista de Occidente,* 1947.

proceso de maduración, al tiempo que la explosión consiguiente a una providencial chispa del destino.

En efecto, en una España ya doblemente imperial pero todavía recién hecha, donde el Emperador, siempre itinerante, no descabalgó hasta Yuste (1556), no es de extrañar que Úbeda, la ciudad de sus dos únicos ministros españoles (Cobos y Vázquez de Molina), diese, en pocos años, ese salto verdaderamente olímpico, que hizo de ella una de las más bellas de España. Impulso que mantuvo la inercia hasta el siglo XVII.

Privilegio político evidente, al materializarse en la piedra, se dio la mano con otro no menor privilegio, el de la disponibilidad para Úbeda de un gigante de la arquitectura española como fue Andrés de Valdelvira, justamente llamado el Herrera de Andalucía. A la vez favorita de los poderosos y favorecida por el genio (Vandelvira) se pregunta uno cuál fue el mayor de estos «nepotismos» ubetenses.

* * *

Aun a riesgo de perderme, como he hecho, por los cerros de Úbeda, he pensado que una cierta interpretación de la historia podría despertar el apetito del lector y facilitar así el mejor conocimiento de la ciudad. Puesto a elegir entre el dato y la reflexión me incliné por la segunda, máxime cuando Úbeda dispone de perfectos folletos del dinámico Centro de Iniciativas Turísticas que en breves páginas de agradable lectura facilitan al turista, con rigor verdaderamente impecable, cuanta información necesita.

«NOMBRADA» BAEZA

El visitante de Úbeda goza del raro privilegio de poder serlo al propio tiempo de Baeza, cuya personalidad histórica y plural riqueza artística hacen de ella, junto a su ilustre vecina, uno de los más impresionantes conjuntos monumentales de España.

Episcopal y universitaria, en contraste con la «aristocrática» y acaso más militar Úbeda, contiene Baeza verdaderos tesoros del gótico y mejor plateresco que, sin olvidar el barroco, completa un Renacimiento también de primer orden.

El privilegio de esta armoniosa pluralidad de estilos, dispuestos en abierta perspectiva o en sorprendentes rincones de belleza intacta, lo acompaña

la ternura de unos rústicos soportales adosados lateralmente a su despejada plaza principal con fuente y jardincillos.

A pocos pasos de la plaza, la casa en que vivió Antonio Machado. Y saliendo de ella, el gran mirador sobre el valle del Guadalquivir, al que un día se asomó el poeta:

Desde mi ventana
¡Campo de Baeza a la luna clara!
Montes de Cazorla
Aznaitín y Mágina.

* * *

¡Campo de Baeza
Soñaré contigo
Cuando no te vea!

EL REINO DE JAÉN

Rodeada en sus tres cuartas partes de cordilleras respetables, la orografía de Jaén se nos ofrece grosso modo como una herradura que la separa de tres de sus vecinas (Ciudad Real, Albacete y Granada) mientras que la planicie guadalquivereña la abre de par en par a la de Córdoba, su vecina del oeste. Esta configuración natural, que confirma plenamente y en cierto modo singulariza su particular andalucidad, unida al signo de la historia han hecho de Jaén tierra, a la vez, de rastro y de tránsito. Contraste del que nace su peculiar misterio y atractivo.

Los viajeros y los estudiosos de la historia de Asia y de su inseparable geografía terminan generalmente enamorándose del Afganistán, encrucijada de alturas al par que de —dificilísimos— caminos. En lo que a pasos se refiere y por sólo citar el que tengo más a mano, el otro extremo podría estar, por ejemplo, en Estrasburgo, cuya etimología (ciudad de los caminos) confirman la historia y el presente.

Ciertamente bien lejos del uno y de la otra en el mapa, nuestro Jaén, cosmopolita tierra de tránsito, se emparenta por eso con la capital de Alsacia, al tiempo que el paisaje y la mayor parte de la geografía fronteriza que le son propios ganan la curiosidad y se adueñan del alma del turista reflexivo como —por no salir del Afganistán— el cielo y los jinetes de Kaboul

esclavizaron un día la pluma de Kessel, una de las más rebeldes, si no la más libre, de la Europa de su tiempo (3).

Al que llega a Sicilia le sorprende la repetición de un cartel turístico recordándole que aquella tierra «no è un'isola ma un continente». Algo parecido pienso yo de Jaén. Por la extensión y los contrastes de la geografía, de los climas y de los paisajes; por la antigüedad de su historia, ya madura cuando la linarense Hímilce se casó con Aníbal; por el protagonismo del romano Cástulo y las batallas de Las Navas y Bailén; por la riqueza —única— de su olivar y muy notable de sus minas, así como por la importancia y variedad de su arte y artesanía, la semiolvidada provincia viaria de Jaén, que algunos casi creyeron cenicienta, tiene, como Sicilia, la talla de un continente, a diferencia con la isla de que nada tiene que reivindicar al respecto al ser, con Navarra, la única provincia española que tiene al propio tiempo la condición de Reino.

GASTRONOMÍA

Si existen dos tipos de cocina, la del aceite y la de la manteca-mantequilla, nada más natural para el visitante de nuestro Reino que el poder regalar su paladar con las mejores excelencias de la primera. Empecemos por el principio. Menos conocida que la de Sevilla, la aceituna —verde o negra— de Jaén, tratada en familia o en la trastienda, con abierto recetario de sabores, es más natural y acaso más sabrosa que aquélla. Y, junto al pan candeal, constituye firme base de la mesa giennense durante todo el invierno.

Con sólo pan y aceite, la escala va ya del simple cucharro, que no es más que eso, a la gran familia de las migas, pasando por el digno picatoste. Harina y aceite aliados nos regalan, sin contar el premio gordo de los churros que para mí constituyen el mejor desayuno del mundo, el entero universo de los fritos. Y metido el aceite en cazuela, al horno o en sartén da un toque inconfundible al entero abanico culinario. A los postres, la repostería del aceite puede acercarnos decorosamente al paraíso. Al ser la cocina francesa, como es sabido, mayormente tributaria de la mantequilla y tener el aceite de oliva idénticas cartas de nobleza culinaria que aquélla, pienso

(3) KESSEL, J.: *Les Cavaliers.*

que su gran cocina, aun siendo todo lo rica que es, está en parte todavía por descubrir.

Como ocurre con la geometría, la gastronomía se vale también del eje cartesiano para fijar, en su caso, la unidad de un espacio gastronómico y la variedad de especies que lo componen. Espacio que en el plano «horizontal» —y decisivo— de la tierra como en el «vertical» (aire, agua, subsuelo) registra y aconseja la vocación unitaria de todos sus componentes. Horizontalmente hablando, Jaén, mar de olivos, es también tierra calma y de sierra y montaña. Y al aceite, gran señor, hay que añadir, pues, el trigo, la vid, la ganadería de toda índole, incluido el cerdo (¡qué lomos adobados en la vecina Baeza!, ¡qué chorizos y morcillas los de Baños y su zona!), la caza de pelo mayor y menor y las aromáticas hierbas de la sierra. Si nos procura ello la clave horizontal de su mesa, la vertical nos la dan, en cambio, por el aire, su inmediata vecindad por Santa Elena con la primera reserva mundial de la perdiz que, una vez cobrada y preparada rústicamente, al escabeche, conoce su apoteosis. Y bajo el suelo, las criadillas o patatas —como aquí las llamamos— de tierra, que por un mes en la primavera nos instalan en la suprema aristocracia del reino de las trufas.

En lo que a repostería se refiere, no hay pueblo sin especialidad propia. Las de Úbeda son, entre otras, las tortas, los ochíos con sabroso pimentón y el pan de aceite, de tan sólida austeridad, que tanto recuerda a la fogazza de Génova.

Al frente de la cocina del Parador, el ubetense Pablo López Expósito, buen conocedor y enamorado de su oficio, asegura el excelente nivel de la mesa. Hace poco comí allí el más típico de los platos ubetenses, los andrajos o calandrajos (pasta de harina en caldo de sopa con ajo y tomate) con rica guarnición de carne, embutidos, pescado y mariscos, comparable con el más logrado de los arroces caldosos levantinos. Siguió una trucha, naturalmente de Cazorla, y una leche frita de docta sabiduría. Y, fiel a la ley de la unidad gastronómica, regué tan sabrosa comida con alegre vinillo de la vecina Torreperogil, que estuvo holgadamente a la altura de las circunstancias.

POESÍA

Empezaba a otoñar el año 1621 cuando a lomos de cansado borriquete llegó al convento de Carmelitas Descalzas de Úbeda San Juan de la Cruz que, según expresión suya, venía a curar unas calenturillas. Dos meses des-

pués, el 21 de diciembre, al despertar, dijo que iba a cantar maitines en el cielo (4). Y así fue.

Desde entonces, el nombre de San Juan de la Cruz está unido al de Úbeda, no ya por el alto merecimiento de la muerte, como habría dicho Rilke, sino por el macabro y singular suceso que siguió a la misma al ser raptado su cadáver poco después por airados segovianos que lo condujeron a la capital castellana. Adivínese el revuelo y la protesta de las gentes de Úbeda, seguidos de pleito, que llegó a Roma y falló el Papa en favor de la ciudad. Pese a ello, sólo llegó a recibir Úbeda una parte de los restos del santo, que desde entonces conserva recoleta y amorosamente.

Siglo y medio antes había andado por Úbeda y sus tierras el joven Jorge Manrique acompañando a su padre, el gran maestre don Rodrigo. Consta que en ella guerreó y, al parecer, moceó y, si no compuso, se acordó de ella para hacerlo más tarde con talante que —reconozcámoslo— no era todavía el de las inmortales Coplas.

O tú Baeza beata
Úbeda santa bendita
Este deseo no me quita
Del torontés que me mata.

* * *

Caminante un día entre Úbeda y Baeza se detuvo don Antonio Machado a la altura del Encinarejo.

Campo, campo, campo.
Entre los olivos
los cortijos blancos.

Y la encina negra
a medio camino
de Úbeda y Baeza.

Tres poetas y, al mejor modo, una misma poesía. Tres nombres. Jorque Manrique, San Juan de la Cruz, Antonio Machado.

¡Qué tres nombres!

Estrasburgo, febrero de 1982

(4) PASCUAU, J.: *Temas de Jaén*, pág. 170.

Boletín del Instituto de Estudios Giennenses Julio/Sepbre. 1996 - Núm. 161 - Págs. 187-196